

F. GAMBOA

que le ardía, y solamente le repuso en pianísimo tono agradecido:

—¡Hasta mañana!

Y la mañana que apuntaba al través de los cristales del estudio, más radiante aún que Carolina, sonreía.

RECONQUISTA

IV

—«*Las chicas de este pueblo...*»—se oyó que cantaban por la escalera.

—¡Ahí está Covarrubias!—le gritó Carolina desde afuera á Salvador, que aprovechaba las últimas luces de la tarde pintando en el taller.

Covarrubias era, en efecto, quien cruzó el trecho de azotea canturreando y marcando el compás del regocijado pasacalle de «*La Marcha de Cádiz*». Carolina, que lentamente venía invadiendo la azotea para el ejercicio de diversos menesteres domésticos, la cocina principalmente, reducida á dos anafes, interrumpió sus guisos, y Salvador, embutido en su amplio traje de pana azul, chaqueta y pantalón holgado, de zuavo, asomó en la puerta de la vivienda, con los pinceles y la paleta en las manos todavía.

—Las noticias gratas ¡bajo techo!—declaró el novelista, luego de saludar á la pareja.—Los plácemes y agradecimientos ¡al aire libre!

Y se coló hasta el taller, seguido de Salvador y Carolina, muy acostumbrados á las humoradas de aquel amigo excelente para ellos, por mucho que no gozara de reputación de cariñoso ó jovial, ni fácilmente se entregase. Con ellos, sí; con Salvador desde un principio, desde hacía un puñado de años; y con Salvador y Carolina, desde hacía unos meses que de casados llevaban, desde que la conoció á ella. Porque conviene advertir que Covarrubias fué el más empeñado en que la boda se realizara; que fué padri-

F. GAMBOA

no del matrimonio canónico y testigo del civil; que arregló dispensa de amonestaciones en la parroquia y de publicaciones en el juzgado; que consiguió de individuos amigos el adorno del templo, cantantes y músicos, asistentes y obsequiantes para los pobres novios, en aquella desapacible mañana de febrero en que se casaron muy temprano, muy lejos del centro, á las siete y en la Soledad de Santa Cruz.

—¡Mi mejor página!—como solía apellidar la doble ceremonia, en que tuvo participación tan principal y desinteresada.

Si, por lo menos, una muy buena página, honrada y honda, escrita de primera intención y con la certidumbre de que nadie, fuera de ellos tres, sabría ni querría leerla, justamente por ser tan verdad; pues aunque los públicos, por verdad suspiren, suspiran falsamente: en cuanto con la verdad se les brinda, ó decláranla falseada ó la rechazan. Covarrubias sustentaba esta doctrina con cuatro humildes libracos suyos, que, cuando á la verdad inclináronse, apenas si los compró el público, y cuando á la verdad atropellaron, los dos primeros, pues «tampoco se los compró el público»—filosóficamente aseguraba.

¡No hay idea de los comentarios que estas segundas nupcias de Salvador Arteaga provocaron en el diminuto círculo de intelectuales militantes! ¡Hubo persona que llegó á denominarlas demencia pura, lógica y natural consecuencia del desequilibrio mental de que venía dando hartas pruebas el pintor provinciano!... Salvador, al saberlo, alzóse de hombros, resuelto cual lo estaba, á no oír más consejos ni seguir más indicaciones que los que Covarrubias ministrárale, y los que á él le brotaran de sus entrañas y experiencia. Desengañado de amigos, de las fraternidades artísticas que, con excepciones señaladisimas, sólo sirven

RECONQUISTA

para que dos personas, ó diez, ó treinta, apuren juntos una copa llamándose «hermanos» y prometiéndose un auxilio recíproco y una mutua simpatía con que resistir en sólido grupo los embates comunes á toda existencia y los especiales que amagan y asaetean la de los artistas; desengañado de las retóricas con que tanto se arrulló á los comienzos de su lucha, porque en ellas creyó firmemente y de su parte si llevó á término sus promesas, y desde la aurora hasta el crepúsculo de sus triunfos, con todos compartió rayos de gloria y centenares de monedas; desengañado de todos y de todo, había resuelto huir, correr, ponerse á salvo, devorar á sus solas los cálices amargos de la ingratitud ajena y la desesperanza propia... ¡Ah! Si en lejanía tan sabia habría persistido indudablemente, lo que es hoy, que Carolina aceptaba acompañarlo en sus soledades, curarle los zarpazos de la envidia y del menosprecio, á su lado dar fin á esta forzada caminata de la vida, hoy más se alzaba de hombros y más encastillábase en las alturas de su vivienda desmantelada, y en las de los contados ideales que de milagro sobrenadaban en su naufragio... Que los demás rieran, y aun aullaran de júbilo malsano, porque en medio á su derrumbamiento, asirse veíanlo á una debilidad ¡mejor! más pronto lo supondrían concluido, más pronto olvidaríanlo, y él con mayor fuerza asiriase á Carolina, esa debilidad con la que perecería abrazado, ó con la que recalaría en algún ancón extraviado de reposo y dicha... ¿Qué tal serían las virtudes y excelencias de su nueva esposa, que hasta opacaban las de la esposa muerta? ¡Era mucha mujer, y, lo que Salvador palpaba ya aunque con reparos y mentales reservas, era mucha alma!, pues alma y muy grande tenía que ser la que guiaba á Carolina en palabras, pensamientos y actos; porque con su cuerpo nada más—su cuerpo, que tanto tiempo mantuvo semivirgen des-

F. GAMBOA

pués de desflorado; su cuerpo, que ahora Salvador besaba noche á noche en amante desagravio y sin las fugas que cuando joven,—no era posible que le hubiera resultado tan cariñosa y valiente, tan buena y sufrida. Algo más debía de haber; algo que él no tocaría nunca, por mucho que se esforzara, y que ello, no obstante, miraba sin verlo, y sin tocarlo adivinábalo. Gran parte tendría seguramente en el resultado ése la inteligencia de la chica, nada corta por cierto; pero á pesar de su inteligencia y á pesar de su cuerpo, macizo aún y vibrante, Salvador *sentíase* sometido á influjo diverso é inenarrable que lo seducía y maniataba, que poníalo, sin que ella lo exigiera, á la entera merced de Carolina. A los principios, Salvador atribuyó la cosa á influjo de carne fugazmente gustada una sola vez, que hoy resistíasele. Porque Carolina no cejó en su empeño, y mientras no los casaron como Dios manda, no sirvióronle á Salvador amenazas ni ruegos; á cierta hora, solo tenía que encaminarse á su catre, tascando el deseo que lo sofocaba, y que acostarse en el reducido dormitorio, donde, más de una noche, atacado de masculino orgullo, decidió andar los cuantos pasos que de la insomne muchacha distanciábanlo é ir y adueñarse de ella sin demanda de permisos ni venias. Y lo que se preguntaba á sí mismo, á ver: ¿de dónde sacó Carolina aquel poder con que le resistía, si ni siquiera incorporábase en la cama para evitar la embestida de Salvador, que llegaba resuelto, y que de oirla confiar perpetuamente en Dios, como que la intención desvaneciábase y por muy premiado se reputaba con que le consintieran sentarse á orillas del lecho, á pesar de que el cuerpo de Carolina alzábbase prometiendo mil y un deleites en las curvas que suavizaban las ropas?... Aquello era ridículo, sin pies ni cabeza; idea estrafalaria de mujer histérica ó vengativa. Carolina opinaba diversamente: aquello estaba bien; era,

RECONQUISTA

de su parte, el cumplimiento de un deber que en malhora olvidó cuando fué novia; y de la parte de Salvador no era sino complacencia de hombre que ama y que da gusto á quien ama. Ello es que Salvador tornaba á su catre, convencido, y sobrábale con escuchar á poco la rítmica respiración de Carolina, que en él confiaba y se lo decía:

—¿Para qué poner candados ni cerrojos, quebradizos siempre, si disponemos de nuestras voluntades?

Hasta vergüenza le dió á Salvador que en los pocos días que mediaron, gracias á Covarrubias, entre el encuentro y las nupcias, le adivinaron que de veras carecía de voluntad; hasta despertaba contento de ir aprendiendo á vencerse, así el pequeño sacrificio quedase ignorado... Y lo que acabó de conquistarlo al bando enemigo fué la actitud de Carolina, ni hablaba al día siguiente de lo ocurrido la vispera, ni trataba de que la portera, Covarrubias ó el doctor creyeran ó no en esa castidad increíble; ¡al contrario!, comportábase delante de ellos cual hembra recién casada, y si Salvador afirmábale que el doctor y Covarrubias, veladamente, lo bromeaban á ese respecto, riendo á carcajadas de sus juramentos sobre que «nada había pasado», Carolina respondíale con naturalidad grandísima:

—¡Pero lo sabemos tú y yo, y con eso basta!...

De aquí databa el inexplicable influjo; «porque—soliloqueaba Salvador,—ó la declaro loca de atar, y por muy otras razones cónstame su cordura, ó el chiflado soy yo, y esta mujer va á curarme, si se lo propone...»

Pasó el casorio, y Carolina igual, quizá mejor, con un aplomo, y una sensatez, y un aquel, que Salvador no daba crédito á su vista. Aun en las intimidades del tálamo—contra lo que era de esperar de su temperamento y aspecto,—le resultó equilibrada y franca. No se la podía llamar casta, mas fogosa tampoco; amaba, y lo bastante que

de juventud restábase, aceptaba y correspondía el ardiente reclamo, puede que con mayor ardimiento que el propio Salvador. Pero no lo solicitaba nunca, cual si prefiriese á los arrebatos carnales que la sumían en meditación y silencio, las caricias que no excitan ni nada piden; las largas pláticas á media voz, aunque nadie escucha ni á nadie se molestara teniéndolas en voz natural, el aposento en tinieblas ya, vecinos los cuerpos semidesnudos y á pesar del tibio contacto, quietos; cuando se comenta, tranquila ó melancólicamente, lo que nos ha acaecido y se edifican los castillos aéreos de nuestro vivir próximo; cuando se bordan los proyectos y nos acercamos las lejanías, las personas amigas que deben hallarse en espera nuestra, las tierras distantes, los acaecimientos venturosos y gratos; dulces pláticas que reconfortan y estimulan, que aproximan los espíritus de los casados, si en realidad algo se quieren; comunión de almas que todo lo apacigua y lo allana todo, y que, desmayando lentamente, nos abandona de súbito en los umbrales del sueño, como para bien advertirnos de que sólo en sueños realízanse tales acaecimientos; que sólo en sueños se tropieza con las personas amigas y á nosotros vienen las tierras distantes, las lejanías de dicha; que sólo en sueños habremos de asilarnos en esos escarpados castillos fantásticos, cuyos puentes levadizos, alzándose tras nosotros, imposibilitarán que por remate nos devoren nuestros prójimos, la camada de hienas que desde la cuna nos persigue... Y le era de grandísimo consuelo dormirse así, junto á Carolina, tranquilos ambos, en calma la carne traicionera y sabrosa, los ánimos en sosiego, confiando, esperando...

Gustaba Salvador un especial deleite con esta castidad conyugal, y achacábala á que por los años y los trotes, su naturaleza degeneraba, y aquellas proezas de juventud, y

aun de su madurez, aquellos excesos de su primer matrimonio, de los que rendidos salían Emilia y él, lo habían vuelto más parsimonioso y tacaño de su fuerza física; pero luego desechara ideas tan poco halagüeñas, dado que de pensar en Carolina, ó de codear mujeres guapas, las hambres de antaño reaparecían con idéntico imperio. Por lo que tuvo que convenir en que el fenómeno radicaba en la misma Carolina, que de cerca inquietábalo menos que de lejos, y que transmutándolo iba en esto como en todo, sin que pareciera que adrede lo hiciese. Y si no ¿de qué otro modo explicar, por ejemplo, que Salvador ya no dijera impiedades ni irreverencias, no obstante sus descreimientos? ¿que ya dejara pasar sin escéptica sonrisa siquiera, cual solía con la pobre de Emilia, el que el nombre de Dios sonara á cada paso dentro de la vivienda; que Carolina lo hiciese intervenir á propósito de cuanto hay, del pasado, del presente y del futuro; que lo instalase, en estampa ó en escultura, arriba de la cama, tras de las puertas, hasta en un huequecito del mismísimo estudio, harto remozado con el aseo y diligencia del ama de casa? Sólo en los primeros días permitiósse Salvador decir á Carolina, en broma:

—Pero, hija, ¿no calculas que vas á aburrir á su Divina Majestad?...

Nunca lo hubiese dicho, pues Carolina, con la entereza que tan bien le sentaba, opúsose al desmán fundándose en el puñado de razonamientos que, creeriase, llevaba guardados en discreto escondrijo, aunque listos á salir y vender en cualquiera palestra. Y no alegar que había malos modos ni falsos ojos, irritantes silencios ó palabras duras ¡quía! En besos paraban siempre; Salvador, pidiendo armisticio, y Carolina, concediéndoselo; que lo que la chica aducía era precisamente su debilidad, sus particulares

F. GAMBOA

circunstancias, y, en las ocasiones difíciles, su propio deslíz y deshonra.

—Razón te sobra—replicábale.—Yo soy la culpable, la que se olvida de que sin ti, sería una desdichada y una víctima... la que se olvida de que nada puede exigirte, ni que respetes mis fanatismos, como los llamas, porque demasiado has hecho con recogerme de las cuatro esquinas después de lo que pasó, y darme de limosna tu nombre y un poquito de tu cariño...

Doblaba el pintor las manos, y por no aparecer—frente á tan valerosa hembra, que maldito lo que de él necesitó durante el largo abandono,—sin pizca de hidalguía, pedía perdón, retiraba censuras, y de aquí los besos en que paraban.

Que Carolina mentara á Dios ¿y qué? ¿Que colgara su imagen en la vivienda, pero que no cesara de quererlo, de endulzarle las amarguras viejas, las penas de hoy, los dolores que lo asaltarían mañana!... Y el nombre de Dios fué impuesto; y el artista, en quien seguramente removeríanse reminiscencias de otros labios amados que también lo pronunciaron en su presencia: su madre, su Emilia, sus hijas, el artista familiarizábase con la incesante evocación y se quedaba tan serio frente al caballete en que concluía su último fraude artístico: aquel príncipe encanijado y envuelto en terciopelos sombríos, que, de orden de un logrero gallego en complicidad con un pintor hambriento, surgiría á engañar ignaros y á esmaltar salones de enriquecidos de la víspera.

Covarrubias, dándose cuenta de la diaria transformación, no cabía en sí de gozo, y con sus cinco sentidos ayudaba á que completa y definitivamente se realizase el prodigio intentado por esa mujercita, á la que se dió á querer de todas veras.

RECONQUISTA

Y aquel atardecer, luego que reunió al matrimonio en el estudio—que como un tuberculoso parecía mirar ansiosamente por el amplio tragaluz de cristales las postrimeras palpitaciones del tramonto,—les habló de este modo:

—Ya van á poder enfrentarse con la vida, que los ha salvado el tenerme á mí de padrino... ¡Permito que los dos me abracen en prenda de su agradecimiento!... ¡Ya, ya me imagino cómo me habrán puesto entre los dos, dándome del ruin y del mezquino, que no ha de haber por dón-de cogermel... ¡Sí, no salir ahora con protestas!... Pero voy á vengarme, y les traigo el maná, como lo oyen, el maná de las Escrituras...

Los otros reían, echando á broma el jocosero discurso de Covarrubias, que rechazó la silla con que brindáronle, y en pie continuó pormenorizándoles la buena nueva.

Ya podía Salvador arrancar del caballete ese timo de la antigüedad y del arte, y purificar los pinceles, delincuentes contra su gusto, para destinarlos á más nobles empresas; ya Carolina podía descansar, ajustar cocinera; y si ambos eran juiciosos, en un par de meses podían hasta salir de aquel palomar en que moraban.

—¡Vaya, Julián, déjate de bromas y dí qué es ello!—exclamó Salvador, limpiando, en efecto, pinceles y paleta.

—Pues ello es que por mi medio te ha caído una lotería para recompensa de los merecimientos de éste tu ángel de la guarda (*por Carolina, que sonríe satisfecha y medio ruborizada*), no en recompensa de los tuyos... ¡A cada quisque lo que le pertenezca!...

Salvador y Carolina cercan á Covarrubias, que aparatadamente ha extraído de sus bolsillos, y con graves lentitudes va desdoblándolo, un papel, cuyos renglones á máquina no pueden leerse á causa de la noche que se entra. Carolina enciende la vela y alumbrá á Covarrubias; Covarrubias

lee, y Salvador arruga los ojos, sin que esté averiguado si es por lo que escucha ó porque la flama le da de lleno. Covarrubias lee un contrato escrito en castellano bárbaro y oliente á inglés traducido, que apesta; contrato entre una empresa yanqui, «como primera parte», y don Salvador Arteaga, pintor, «como segunda parte». La empresa es una casa editorial dueña de un *magazine* ilustrado que se publica los días 1.º y 15 de cada mes en la ciudad de Chicago, Estado de Illinois (Estados Unidos de América), bajo el título de «The Outlook»... Don Salvador Arteaga, pintor, comprométese por un año, á contar de la fecha en que el contrato se firme, á remitir con la oportunidad debida una pintura en colores, para usos mercantiles, que represente, *precisamente*, tipos nacionales mexicanos... «The Outlook» comprométese á pagarle, por cada una de ellas, una suma no menor de veinticinco dólares ni mayor de cuarenta, según la aceptación que los suscriptores les dispensen... Siguen otras cláusulas de menos importancia, puntualmente leídas, sin embargo, por Covarrubias...

Al concluirse la lectura, Covarrubias contempló radiante á sus ahijados. Carolina, luego de colocar la vela en un mueble, púsose á palmotear, contentísima, en tanto que Salvador, sin chistar, encendía un cigarrillo.

—¿Por qué enmudeces, bobo?—le preguntó Covarrubias molesto,—¿no te gusta el trabajo ó te parece mal retribuído?...

—¡Soberanamente retribuído!—declaró Salvador sin entusiasmos,—y de mi cuerda, pero...

—¿Pero qué, hombre de Dios, pero qué?... ¡Revienta de una vez!

—Vas á incomodarte si te lo digo, Julián, mas de decirte lo tengo... ¡Salgamos á la sala!

Sala llamaban al pedazo de azotea del frente de la vi-

vienda, donde colocaban asientos y tapetes las noches templadas de los meses estivales, y donde poníanse á charlar los tres solos—el doctor, á las vegadas,—sin que nadie los interrumpiese; bajo el cielo inmenso y recortado, allá, muy lejos, por los picachos de volcanes y cerros que limitan el valle extenso en que se asienta, entre otras, esta empedernida metrópoli de los virreyes idos; á la vista, el urbano horizonte de azoteas, torres y cúpulas, que la noche, aun cuando no hubiese luna ni muchedumbre de astros, vestía fantásticamente.

Sentados allí, en el reducido trecho; la vivienda, abierta y á oscuras; Carolina, en su silla enana de costura, abandonadas sus manos en las de Salvador, que, repantigado en el maltrecho sillón abacial de sus buenos tiempos, acariciábaselas sin cesar, mientras Covarrubias, en la única mecedora del trunco ajuar, se mecía y los envidiaba. ¡cuántas noches se la pasaron hasta muy tarde en dulce quietud de amistad y afecto! El artista del color y el artista del verbo, comulgando en los mismos ideales, prendados de análogas quimeras, con iguales soñaciones y gemelas esperanzas, hablaban, hablaban; y Carolina, que personificaba á la Mujer, el Sufrimiento y el Amor—la sagrada trinidad inspiradora de las obras geniales,—Carolina los oía, devotamente, sin interrumpirlos, moldeando su espíritu delicado y sensitivo, con sólo escuchar las doctrinas de belleza, de verdad y de infinita misericordia que aquellos dos creyentes hacían desfilár mágicamente por los aires, ante su vista absorta de neófito. Instantes había en que la plática se inflamaba, encendiáse, en que las voces de uno y de otro subían de tono... ni quien las oyera, que estando ellos donde estaban, sus voces no volvían á bajar, sino que volando perdíanse en la atmósfera tibia y en la serenidad de la noche. Los dos, sin duda,

sentíanse á sus anchas en ese apartamiento y esa altura, hasta la que llegaban inofensivos y alarmantes, como en los puertos abrigados, los retumbos de las olas implacables, el ulular de los vecinos de la ciudad, el clamoreo de tranvías, carruajes y músicas; de vez en cuando, el ayear de las horas que se mueren en el espacio y en la vida, aventadas por los relojes que las desgranaban de los palacios y los templos... El halo monstruoso de la iluminación eléctrica de continuo alcanzaba la azotea, cirenía el perímetro de la ciudad, salíase de calles, callejas y plazas, coronaba la mole de edificios con claridad extraña de meteoro, de arco-iris que fuese á abrazar del uno al otro extremo la población desaparecida y negligente.

En tan simpático sitio instalados, Covarrubias insistió, resentido en el fondo de esa especie de ingratitud, en que Salvador explicárale su frialdad. ¡Si Salvador hubiera sabido la campaña que libró el novelista para arrancar aquella breva, lo habría aplaudido desde luego y desde luego suscripto los tres ejemplares del contrato, quedados de través sobre la mesa del estudio!... ¿Qué defecto advertíale?...

—Pues verás—princió Salvador, ofreciéndole cigarro y cerillos,—ahora verás lo que motiva mis resquemores... Vas á reírte y á regañar conmigo, lo sé; pero hijo mío, si contigo no soy sincero, ni con ésta (*por Carolina, que tampoco se explica las repugnancias de su esposo*), ¿con quién he de serlo?... Mis ascos arrancan de un sentimiento hondo que calculo me viene de herencia, y de una resolución adoptada años ha... Mas tomando en cuenta que por esto ó por aquello, por el instante de debilidad que basta á destruir toda una existencia de rectitud, que á casi todos nos ataca y al que casi todos cedemos—yo descendí hasta el tímo de las antigüedades, según atina-

damente bautizaste mi compromiso de pintarle al astuto empenjero dos ó tres delfines y príncipes herederos de tronos, escrófulas y epilepsias larvadas, que diría nuestro galeno,—tomando en cuenta tamaño abajamiento que reconozco y que me pesa, ¡vaya si me pesa!, tomando en cuenta asimismo que no he de nutrirme ni de nutrir á Carolina con palabrerías ó tierra de pinturas, me trago resoluciones endebles, me olvido de herencias fisiológicas, y acepto tu contrato, agradeciéndotelo en el alma, como te he agradecido el montón de favores con que tu amistad de hombre de bien ha acudido en mi obsequio ocasiones tantísimas... Pero no me pidas regocijos ni júbilos, Julián, ¡al contrario!, deja que me entristezca y que me calle...

—¡Alto ahí, don Ticiano, alto ahí, que no soy un nene ni paso por esas reservas!... ¡O me cantas la romanza entera, ó de verdad regañamos!... ¿Qué hay en el negocio? ¿qué puede haber que así te entristezca?...

¿Que qué había?... ¡Un mundo de cosas, significativas, trascendentales, tristesísimas!... Era la invasión yanqui, lenta, sin entrañas, corruptora; hoy una zona, otra mañana, después otra, y otra, ¡al cabo, todas! Más que invasión, inundación debía denominársela, muy pausada, avanzando á sus anchas porque nadie, lo que se llama nadie—¡he ahí lo triste, lo tristísimo!—oponíale ni asomos de resistencia... Y en la pausada onda incontenida, hundíriase la nacionalidad en un gran naufragio voluntario, en un inmenso siniestro mudo, en un nuevo diluvio bíblico que, como el otro, subiría cinco codos sobre las montañas más altas; que, peor que el otro y á menos que los intelectuales no tripularan el Arca con energías y honradeces, al través de los años y de los cruzamientos de las razas no dejaría un solo Noé que repoblara con sus hijos, á raíz

F. GAMBOA

del desastre, la inocente Patria fecundada en tanto por sus tenaces forzadores rubios...

Los fingidos enojos y burlas con que Covarrubias al comenzar Salvador pensó reír de sus alarmas y de su añeja mala voluntad hacia los oriundos de los Estados Unidos, quedáronsele sin transponer los labios, que la solemnidad y decisión con que el pintor abordara el magno problema nacional—encarcelado en todos los cerebros que piensan, y libre sólo en unas cuantas bocas,—le selló la suya y lo forzó á aproximar su mecedora á Salvador, que siguió hablando luego de encendido cigarrillo nuevo.

...esta invasión de hoy no era como la primera fué, en abierta guerra, al son ingrato de los pífanos de sus fanfarrias púnicas, al fragor ronco de los disparos de sus armas; los batallones de hombres negros y de hombres rubios, á la sombra inquieta de la bandera tachonada de astros y estigmatizada de barras, que ondulaba arrogante en las marchas de victoria y en la persistencia de los triunfos... ¡No!... Esta era distinta, y peor, mucho peor que aquélla... Aquélla—aunque tan injusta que hoy todavía, á los tantos años, clamaba al cielo, y en el propio país agresor sus hijos honrados la anatematizaban en público, en la tribuna, en el libro, y con su recuerdo enrojecían,—aquélla, al menos, se anunció con tiempo y nos retó en forma á la pelea... ¿Quién nos mandó no hallarnos prevenidos?... Pero siquiera resistimos, en pleno campo, tras de los árboles mutilados por la metralla, tras de las esquinas de las ciudades que con su sombra empujaban las manos homicidas de los últimos vengadores... ¡Sí, sí, Salvador sabía que la defensa nacional anduvo torpe y turbia, sin cabeza inteligente ni brazo justiciero ni corazón bien puesto, al decir de los historiadores y *coronistas* venidos á la zaga!... Pero también sabía que la sangre corrió por

RECONQUISTA

sembrados y calles; que los soldados morían en la Angostura y Padierna, los viejos y los niños, los mártires que gloriosamente se vuelven polvo en nuestro bosque sacro, un bosque testigo de tanto, que hasta sus huéspedes milenarios, los de la recia corteza y de la larga vida, los callados asistentes á los horrores y las hazañas, los ahuehuetes encanecidos y venerables, se mueren de lo que han visto y de lo que presienten que volverán á ver... Salvador sabía que hubo defensas heroicas, combates denodados, pocos, ¡concedido!, poquísimos por desgracia, mas algunos al fin; en tanto que hoy, con la invasión actual, con la inundación, mejor dicho, ¿qué había habido á los principios? ¿qué en la actualidad? ¿qué habría en lo futuro?...

Y ni Carolina ni Covarrubias osaban truncarle el discurso, destruir la doble visión del artista iluminado: la visión del ayer y la visión del mañana, que él mismo truncaba al reconcentrarse, al dar fuego, nerviosamente, á sus cigarrillos, ó cuando la visión evocada, demasiado dolorosa y exacta resultábale. No paraba de hablar, cual si la materia fuese inagotable y él se supiese de coro la mayor parte. Sus propios silencios, raros y breves, parecía que dijeran, muy quedo, algún secreto grave que no pudiera confiarse ni en la intimidad, que apenas pudiera barbotársele así, en los silencios significativos que distanciaban unas de otras las parrafadas del artista.

... esta inundación de hoy era peor que la invasión armada é igual á todas las inundaciones lentas que no se desgajan de súbito y en unos instantes todo lo ahogan; ésta no, ésta era de las que, á sus comienzos hasta de ofensivas se las bautiza, si no de beneficiosas. En definitiva, ¿qué es?... ¿agua que corre?... ¡Magnífico! ¡Fecundará la tierra, dará de beber á los pobres campos sedientos, á los surcos que se abrasan, á las sementeras que se agostan!...

F. GAMBOA

Y cuando el riesgo se advierte, cuando ya el agua, los delgados hilillos que serpenteaban inocentes han aumentado de volumen y son ríos enloquecidos y caudalosos, y la onda es un mar que camina, que avanza sin humano poder que la contenga, ¡ah!, entonces son los terrores pánicos, las lamentaciones á destiempo, los llantos sin consuelo, las huidas lamentables al través de la noche y de lo negro, con los hijos en nuestros brazos, de nuestra mano, en nuestro cuello; la casa en que nacimos, el terruño que nos alimentaba, perdidos, tragados para siempre por el agua que nos persigue y obliga á correr, á trepar á las alturas, las que, «como si me lo temo—declaró Salvador melancólico,—no son alturas de verdad, sino facticias; serán ganadas también y sobrepasadas por el agua, que sube y sube sin trazas de cansarse nunca!...» Y pictóricamente, Salvador comparaba los horrores del siniestro á los grabados de las Biblias ilustradas por Doré, en que aparecen los horrores del Diluvio, que, es fama, con sus cuarenta días y sus cuarenta noches, tuvo de sobra para inundar el mundo...

—¿Cómo, nosotros, habremos de resistir años de años?...

No culpaba Salvador al Gobierno, antes proclamábalo el menos responsable; porque los gobiernos, en determinados «momentos históricos», tienen que plegarse, por fuerza de los sucesos y por instinto de conservación propia, á que se consumen los fenómenos sociológicos de peores consecuencias para lo porvenir. Los que *deben* oponerse son los ciudadanos; y cuando, como en los países de la América española—y en España, para ir por orden,—los ciudadanos, los que saben leer, escribir y pensar, son los menos, estos «menos» era á quienes Salvador no perdonaba que hubieran consentido, y consintiendo siguieran, en que la inundación yanqui continuara ensanchándose,

RECONQUISTA

lo mismo en los lugares en que si resultaba civilizadora, que en los que maldita la falta que jamás había hecho...

—¡Bueno es que conste que entre los que no merecen perdón, métome yo, de cabeza, y te meto á ti, Julián!

...lo artero de la inundación actual radicaba en que se había entrado insidiosamente, corrompiendo á esos «menos», responsables del siniestro, por medio de la divinidad antigua y moderna que reclama excepcional fortaleza para resistirla: el viejo Becerro de Oro, que con los años ha crecido y aumentado en empuje y corpulencia hasta ser toro disforme y brutal que todo lo derriba, ideales, patriotismo, religiones, afectos, amor, justicia, vergüenza..., por lo cual asistimos, en el entero globo podrido, al trágico crepúsculo de estos dioses que perecen, apenas llorados de unos cuantos que en ellos creían...

...lejos de que se le opongan diques, lo que se anhela, lo que se implora, es que la onda de oro nos bañe los cuerpos, las propiedades, importando un ardite que salpique las conciencias y de barro las macule; ya vendrá más líquido, más, á lavarnos las máculas, á fin de que los contadísimos que se hallen limpios, no nos las adviertan... Y así le abrimos calle, le excavamos canales por donde á sus anchas espumajee y camine, aunque tale nuestras humildes siembras primitivas, aunque ahonde y perfore las heredades ancestrales, aunque mine ó arrase los muros benditos de nuestras pobres casas solariegas... ¡Aplaudimos su curso, festejamos su brusquedad y su ceguera de elemento, y por más que sepamos que ha de arrasarlo todo, á nosotros inclusive, mientras llega el instante del tránsito postrimero, sin curarnos de hijos ni de pósteros, es tal el ansia de que nos toque algo, una salpicadura al menos; tal la concupiscencia que nos roe por los bienes terrenales, que por siquiera lograr que se nos humedezcan las puntas